

Aprender y enseñar

Jordi Nadal



Escuchar a un sabio siempre es reconfortante. Cuando aprendes de alguien que te enseña, desde una postura lejana, sobre las grandes lecciones en una cátedra, un púlpito o una estructura tonante, las enseñanzas que uno recibe de una persona mayor son en todo momento un regalo. Suele suceder cuando alguien comparte las cosas que ha aprendido durante una vida completa. Y por eso entendemos una existencia que se acerca a su plenitud de una forma madura, consciente, entregada, llena de fortaleza y fragilidad. Una experiencia llena de preguntas y de algunas respuestas. Cuando esto sucede, estamos disfrutando de un obsequio. Cuando hay un contraste entre una vida llena y las fuerzas que flaquean, las personas se aproximan a una forma más elevada de conocimiento. La frase “la vida es un regalo” se hace corpórea.

Aristóteles decía que “las raíces de la educación son amargas, pero sus frutos son dulces”. Aprender y enseñar tienen mucho que ver con la

Es a través de nuestras cicatrices que mostramos quiénes somos

amargura y el dulzor. Sorprendentemente, el conocimiento tiene siempre muchas connotaciones asociadas al sentido del gusto. Cuentan que el admirado José Luis Sampedro, cuando se acercaba al final del camino, dijo: “Ya huelo el mar”, refiriéndose a la bellísima metáfora de Jorge Manrique: “Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir”.

Me entenece la poderosa fragilidad de algunos ancianos sabios. Son personas conscientes del paso y del peso del tiempo. Más o menos como si fuesen una transposición de algo que ha sido muy fuerte, pero que va perdiendo esplendor. Me viene a la memoria la imagen del foro romano, en el que vemos muchísimos edificios en ruinas, pero la impresión que nos causan es conmovedora porque los huecos que quedan, las columnas tumbadas, los perfiles de algo que fue grande siguen siendo poderosos. Las magulladuras de las pérdidas construyen sentido e inspiran respeto. Es a través de nuestras cicatrices que mostramos quiénes somos. Pienso ahora en Ramon Bayés, con quien he tenido la ocasión de conversar sobre el sentido de la vida. Nuestra charla contuvo una bellísima confesión por su parte, delicada, humilde, impactante. Hubo un momento de extrema intensidad y delicadeza. A la pregunta sobre qué consejo le daría a alguien que empieza a aprender en la vida, simplemente dijo: “Que escuche”.●